

Magón y Bogotá

Carlos Arturo Caparoso
De la Real Academia

Ha caído en mis manos estos días un tomito de los editados por el Ministerio de Cultura, Juventud y Deportes: "Manuel González Zeledón", obra de la profesora y escritora doña Virginia S. de Fonseca. Contiene un estudio crítico-biográfico de la autora sobre Magón y una breve selección de sus escritos, en verso y prosa.

"¿Quién fue Magón", se pregunta la señora de Fonseca, en recurso puramente retórico, sobre el personaje costarricense cuyo verdadero nombre señala como título de su obrilla. Y se responde, en el "Prologuillo" en que tal hace, en laconica frase que define con plenitud la índole de Magón: "Un escritor, un enamorado de Costa Rica, un hombre de pro. Sobre todo, un hombre que amó a su patria".

No necesité leer más, para interesarme por la publicación de la señora de Fonseca y acometer luego, con interés, su detenida lectura. Interés que subió de punto cuando en el índice cronológico encontré esta indicación del escritor estudiado y anotado: "1889 viaja a Colombia. Conoce buenos

escritores de ese país. Fue nombrado vicecónsul de Costa Rica en Bogotá".

Noticia que en su detenido estudio ligeramente amplía así: "Cuando en 1889 viajó a Colombia, en Bogotá trabó relación con plumas distinguidas de ese país. También él escribía y difundía información sobre su patria. Durante dos años y medio fue nuestro vicecónsul en Bogotá. ¡Y qué mejor representante que un hombre que ama entrañablemente a su tierra y a las letras!".

Confieso que antes de que yo viniese a Costa Rica tenía apenas una idea muy vaga y general de Magón. De Anderson Imbert, en su "Historia de la literatura hispanoamericana", recordaba el pasaje que le dedica. Y tal vez, si mal no recuerdo, inserción en alguna selección de autores hispanoamericanos, de su prosa costumbrista, en la que logró calificados aciertos como su excelente cuento "La propia". Lo que no se podría decir, con escasas salvedades, de sus producciones de las cuales su "Oda a Costa Rica", compuesta en la clásica tradición de la famosa silva de Bello, contiene versos de indudable belleza en la descripción de los frutos tropicales, como también los ofrecen otros cantores menores del género, el argentino Lavar-

dén en su "Oda al Farana" o el cubano Rubalcaba en "Las frutas de Cuba".

De su paso por Colombia dejó Magón el escrito "El Tequendama", del que dice la señora de Fonseca ser "una alegoría que se mantiene en el plano de lo mítico-legendario". Visitó Magón, indudablemente, nuestra famosa catarata, entonces en toda su esplendorosa belleza, y uno de los sitios más socorridos de los bogotanos para sabrosas excursiones de que nos han dejado placenteras memorias los cronistas costumbristas de la época y que le mereció a Pombo y a la poetisa doña Agripina Montes del Valle, sendos poemas laudatorios, fuera de la clásica descripción en prosa, altamente lírica, de nuestro sabio Caldas.

¿Se relacionaría Magón con Rafael Pombo y doña Agripina? "Trabó relaciones con plumas distinguidas", anota la señora de Fonseca, como quedó indicado antes.

Sin duda alguna que ello fue así, como sucedió a otro distinguido escritor y diplomático de aquellos años, el chileno José Antonio Soffía o al cubano Merchán. Eran muy abiertos nuestros letrados de entonces, se mantenían buenas y estrechas relaciones sociales y de oficio entre ellos y los extranjeros que nos visitaban, y Bogotá, todavía, era una pequeña ciudad en donde todo mundo se conocía. Fuera de que abundaban por doquier las tertulias literarias.

Ciertamente. La Bogotá de Magón era casi la Santafé de los fines de la Colonia. Con sus costumbres españolas, ya un poco adicionadas por influencias francesas. Su religiosidad tradicional. Sus calles empedradas. La música de las campanas de sus varias iglesias. Serenatas bajo los acogedores aleros de sus viejas casonas. Pero una ciudad de hombres cultos, de altos escritores. De humanistas insignes como no los tenía tal vez ninguna otra ciudad de Hispanoamérica. La Bogotá que Reclus y Menéndez y Pelayo consideraban como la Atenas sudamericana.

Con muchos de aquellos escritores debió partir Magón, hijo de una pequeña república entonces colindante con Colombia.

Vivían aún muchos de los costumbristas de "El mosaico" que, por afición, tanto debieron atraer al costarricense, eximio costumbrista de su país. Vivían Isaacs, Marroquín, Manuel Pombo, Caicedo y Rojas, etc. Regía la República, como presidente, Núñez Caro y Suárez, Monseñor Carrasquilla, representaban el humanismo vigente (ya Cuervo andaba por París). Vivían Pombo y Fallon. Silva y Florez templaban sus jóvenes liras. Sanín Caro empezaba a inquietar a muchos pacatos con las audacias de su erudición novedosa y su ancho universalismo.

Así conoció don Manuel González Zeledón a Bogotá. Era vicecónsul de su país y representante en ella de las letras patrias. Un personaje, entonces, de señalada importancia en los círculos sociales e intelectuales bogotanos.

San José, 1975.